

Primera Iglesia de Dios
786 Elmwood Ave
Providence, Rhode Island 02907
Tel. (401)781-7040
Pastores: Reynaldo y Odalys Guerra

La Confesión de Tomás
Juan 20.24–29

I. (20.24–25) La causa de la incredulidad de Tomás: Tomás no estuvo con los discípulos cuando Jesús se les apareció por primera vez. Como muchas personas de hoy en día, Tomás se negó firmemente a creer que Jesús se había levantado de entre los muertos. Por otro lado, los discípulos le habían declarado y testificado acerca de la gloriosa verdad. En la versión griega este pasaje dice que los discípulos «le seguían diciendo»; sin embargo, Tomás, en su incredulidad, se volvió terco y obstinado. Incluso hasta discutió en contra de sus testimonios. Se sentía profundamente molesto, frustrado, decepcionado y culpable. La profundidad de su molestia y culpabilidad se nota en su antipatía: «Si no viere... si no metiere mi dedo... [y] metiere mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20.25).

¿Por qué Tomás estaba tan frustrado? ¿Por qué se sentía tan culpable y por qué reaccionó en la forma en que lo hizo? Evidentemente, Tomás había abandonado al Señor y eso ya era lo suficientemente frustrante para el espíritu de cualquier hombre. Tomás también se había apartado de los discípulos; por eso, no estuvo presente cuando el Señor se les apareció por primera vez (Jn 20.24). Perdió otra oportunidad para poder identificarse con Cristo.

Esto, por supuesto, hizo que Tomás se molestara y se sintiera culpable una y otra vez. Era su propia culpa; sin embargo, debido a la reacción natural humana, su espíritu agraviado hizo que Tomás culpara a los demás. Tomás negó la experiencia que los demás tuvieron con el Señor resucitado. Al soportar todo lo que pudo, Tomás, en su frustración, dice: «Si no viere... si no metiere mi dedo... [y] metiere mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20.25). Aun así, pasaron ocho días antes de que el Señor se le apareciera a Tomás (Jn 20.26). ¡Qué pérdida la que experimentó Tomás! Una duda constante siempre retarda las bendiciones.

Culpa, frustración, decepción, y estar excluido a menudo resulta en un espíritu arrogante, una reacción negativa, una negación de los hechos y un arranque de ira

II. (20.25–26) Las malas interpretaciones acerca de Jesucristo: La imagen errónea que tenía Tomás acerca de Jesús. Tomás siempre había tenido la idea de un Mesías o Salvador terrenal que reinaría sobre esta tierra y en esta vida. Se había convertido en un seguidor de Jesús, posiblemente, porque creía que un reino terrenal sería establecido y que él sería un líder en ese reino. Percibió a Jesús como el Mesías prometido que provenía del linaje de David. Se rehusó a ver más allá de los aspectos físicos de este mundo. Por esa razón, Tomás sólo pudo ver a Jesús como el hombre que fue clavado a una cruz y cuyo costado fue traspasado por una lanza y que ahora estaba muerto. Las imágenes erróneas acerca de Jesús guían a la incredulidad. Jesús es más que un gran maestro, un gran profeta, un gran hombre o un gran fundador de una religión. Él es más que tan sólo el hombre más grandioso que jamás haya vivido. Todas estas creencias —sin importar que tanto aprecian a Jesús— son falsas porque ven a Jesús sólo como un hombre. Lo ven como uno de los hombres más grandes que haya vivido; no obstante, lo siguen viendo sólo como un ser humano.

Las personas prefieren ver a Jesús como un hombre porque esto lo rebaja hasta el nivel de ellos. Lo hace ver menos como Señor. Creer que significa que...

- el hombre no está tan corrompido, ni es tan malvado; que el hombre no es tan malo como para que Jesús tuviera que sacrificar su vida por ellos.
- el hombre puede hacer lo que Jesús hizo, lo mejor que se pueda, y Dios lo aceptará.
- el hombre no tiene que seguir a Jesús en cada detalle y enseñanza. ¿Por qué? Porque ellos creen que Jesús, como hombre, no fue absolutamente perfecto. Piensan que él se equivocó en algunos aspectos. Creen que cada persona tiene que decidir lo mejor que pueda aquellos aspectos donde Jesús estaba o no en lo correcto. Es decir, esa persona debe hacer lo mejor que pueda para seguir a Jesús en aquellas enseñanzas y aspectos donde estaba en lo correcto. Los hombres creen que están haciendo lo mejor que pueden para que Dios los acepte. (Fíjese como esto permite

que cada hombre forme a Dios en su propia mente y como más le guste. Una persona puede hacer a Dios como él o ella quiere. Él o ella puede hacer lo que desee y después decir que Dios así lo permite.)

III. (20.26–28) La confesión: La confrontación y convicción de Tomás. Jesús se le apareció, desafió y convenció a Tomás.

1. Fíjese en la confrontación. Las puertas una vez más estaban cerradas (Jn 20.19). De repente, Jesús apareció en medio de los discípulos. Una vez más, Jesús tranquiliza el estado de conmoción de los discípulos al decirles: «Paz a vosotros». Pero fíjese en lo que él hace después: se vuelve inmediatamente para confrontar a Tomás.

a. Jesús revela que sabía todo acerca de la incredulidad y demandas de Tomás. Utilizó las mismas palabras que Tomás: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» (Jn 20.27). Jesús conoce el corazón de cada hombre: su desesperación, sus dudas, sus miedos, sus esperanzas, su amor. Conoce donde y cuando tocar el corazón de un hombre. Sin embargo, fíjese en un factor crucial: Tomás estaba donde Jesús podía alcanzarlo. Estaba en la presencia de los creyentes escuchando sus testimonios. No los había desechado a pesar de sus dudas. Lea 1 Samuel 2.3; Jeremías 17.10; Daniel 2.22; Juan 2.25; 1 Corintios 3.20

b. Jesús lo advirtió y pidió que creyera. Tomás había estado caminando por un sendero peligroso. Los discípulos le habían hablado una y otra vez; sin embargo, se había negado una y otra vez a aceptar sus testimonios.

- «No seas incrédulo» (*me ginou apistos*): deja de ser una persona incrédula. Estás corriendo el riesgo de convertirte en un incrédulo, has llevado tu incredulidad demasiado lejos. Ya es hora de dejar tu necedad. Los otros te han estado testificando la verdad. Deja la obstinación, la terquedad, la incredulidad. Corres un gran riesgo. Lea Juan 3.18, 3.36, 8.24; Hebreos 2.3, 3.12; Judas 1.5
- Cree. Lea Juan 3.15, 5.24, 11.25, 12.46, 20.31; Romanos 10.9. La incredulidad es estar sin Cristo, «sin Cristo... sin esperanza y sin Dios en este mundo.» (Ef 2.12).

2. La poderosa confesión. Esta es una de las grandiosas confesiones en las Escrituras. Seguramente Tomás cayó de rodillas cuando exclamó: «¡Señor mío, y Dios mío!» Ahora sabía cinco grandes verdades.

a. Jesús realmente es el Señor resucitado. Todo lo que Jesús había dicho era verdad. Lea Hechos 2.36, 5.31; Romanos 1.4, 10.9; 1 Corintios 1.9, 8.6

b. Jesús es ambos: Señor y Dios, la Majestad soberana del universo. Lea Colosenses 2.9–10; 1 Timoteo 3.16; Hebreos 1.3

c. Jesús es el único que ha venido para dar a conocer verdaderamente a Dios; él es el Mediador entre Dios y los hombres. Lea Juan 14.6; 1 Timoteo 2.5; Hebreos 8.6, 9.15, 9.24; 1 Juan 2.1

d. Jesús no acepta compromisos a medias. Jesús esperaba ser el Señor y Dios de Tomás: «Señor mío, y Dios mío». Por tanto, él personalmente debía reverenciar y adorar a Jesús como su Señor y Dios. Filipenses 2.9–11; Romanos 14.9; Colosenses 1.18; Apocalipsis 5.12

e. Jesús esperaba de Tomás una confesión abierta y pública acerca de que él era su Señor y Dios. Mateo 10.32; Lucas 12.8; 1 Juan 2.23, 4.15

IV. (20.29) Creer: La gran lección de Tomás para todos los hombres. ¿Cuál es la lección?

- Creer sin la necesidad de tener evidencias ni pruebas. Juan 20.29
- Creer por causa de la ternura y el entusiasmo. Efesios 2.4–5, 8–9
- Creer por causa del amor y cuidado y de la necesidad y naturaleza del corazón humano. Juan 3.16; Romanos 5.8, 3.23
- Creer por causa de la necesidad de moralidad y carácter santo. Gálatas 5.22–23
- Creer porque los testimonios divinos así lo dicen. Juan 20.21; Marcos 16.15
- Creer por causa del testimonio interno del corazón. Romanos 2.15
- Creer por causa del testimonio externo de la naturaleza. Romanos 1.20

Fíjese que Tomás dejó de ser obstinado y rebelde después de ver a Jesús y que este lo reprendiera. Tomás había sido culpable, había sido incrédulo sin tener ninguna excusa. Los hombres que le habían proclamado la verdad no eran mentirosos ni tampoco habían sido engañados. Tomás se había rehusado a creer sólo porque no quería hacerlo. Se creía intelectualmente superior a los demás y había estado a punto de perder su alma.

Cuando una persona verdaderamente ve lo que Jesús ha hecho por él o ella, o cuando el Espíritu de Cristo lo reprende, él o ella debe dejar su incredulidad. Debe volverse a Cristo ya que el Espíritu del Señor no siempre luchara con los hombres. Proverbios 28.14, 29.1; Génesis 6.3

Anuncios:

Comienza el Primer Nivel (Mon 10/1/2007)